

Lc 2,22-40

Llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor

El 2 de febrero se cumplen cuarenta días desde el nacimiento de Jesús en Belén y se celebra la fiesta de la Presentación del Señor al templo, conocida popularmente como la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria. Según el Evangelio, en un día como hoy, cumpliendo con la ley del Señor, sus padres presentaron el Niño al templo. Este año coincide con el domingo y, por tratarse de una fiesta del Señor, su celebración prevalece. Las normas de la liturgia establecen que la celebración del Día del Señor debe prevalecer sobre las celebraciones de los santos (excepto aquellas que son solemnidad, como la de San José y la de San Pedro y San Pablo) y sobre todas las fiestas, excepto las fiestas del Señor. Está bien que la celebración de las fiestas del Señor se conserve el Día del Señor. Este domingo dejamos, entonces, el Evangelio de Marcos, y tomamos el pasaje del Evangelio de Lucas que relata la presentación de Jesús al templo.

Para entender el sentido de esta fiesta es necesario tener familiaridad con el Antiguo Testamento y con la historia sagrada. La historia sagrada es la misma historia de Israel, pero considerada como el lugar en que Dios fue realizando su plan de salvación sobre los hombres. Uno de los hechos más decisivos de esa historia fue la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. Ese episodio quedó grabado en la memoria del pueblo como un gran hecho salvífico y como prueba evidente del amor de Dios: "Hirió en sus primogénitos a Egipto, porque es eterno su amor; y sacó a Israel de entre ellos, porque es eterno su amor; con mano fuerte y brazo tenso, porque es eterno su amor" (Sal 135,10-12). Dios tuvo que vencer la resistencia del Faraón y forzarlo a dejar partir a su pueblo, por medio de las famosas plagas de Egipto. La más terrible, la que venció al Faraón, fue la muerte de todos los primogénitos por manos del ángel exterminador. Pero Dios conservó la vida de los primogénitos de Israel, hombres y animales; por eso le pertenecen. El primogénito de los animales debía ser ofrecido en sacrificio; el primogénito del hombre debía ser rescatado mediante la ofrenda de un sacrificio.

Veamos cómo explicaba esto un israelita a su hijo: "Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: '¿Qué significa esto?', la dirás: 'Con mano fuerte nos sacó el Señor de Egipto, de la casa de servidumbre'. Como Faraón se obstinó en no dejarnos salir, el Señor mató a todos los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado. Por eso sacrifico al Señor todo macho que abre el seno materno, y rescato todo primogénito de mis hijos. Esto será como señal en tu mano y como insignia entre tus ojos; porque con mano fuerte nos sacó el Señor de Egipto" (Ex 13,14-16). Para cumplir con esta norma, es

decir, para rescatar a su hijo primogénito, es que los padres de Jesús, "cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos (cuarenta días), llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: 'Todo varón primogénito será consagrado al Señor', y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se establece en la ley del Señor". Esta ofrenda de menor valor era el sacrificio que ofrecían los pobres para rescatar la vida de sus hijos primogénitos.

Insistiendo en este rito, el Evangelio quiere afirmar que Jesús fue verdaderamente un miembro del pueblo de Israel y que vivió fielmente sometido a sus normas y tradiciones; es verdad que, según la promesa de Dios, "vino a los suyos" (Jn 1,11) y que "nació bajo la ley" (Gal 4,4). Y actuando en el contexto de esa ley, vino a rescatar de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna a todos los hombres. Según la ley, los primogénitos de Israel habían sido salvados de la muerte que golpeó a los primogénitos de Egipto, y por eso debía ofrecerse un sacrificio en rescate por ellos. Esto es lo que hizo Jesús; pero lo hizo para rescatar a todo el género humano de la esclavitud del pecado y de la muerte eterna, y lo hizo ofreciéndose a sí mismo en sacrificio. Por eso confesamos que su muerte fue un sacrificio redentor. Los sacrificios de animales eran insuficientes para salvar al hombre del pecado, y tampoco bastaba el sacrificio de un hombre cualquiera, pues todos estábamos bajo el poder del pecado; fue necesario que el Hijo de Dios tomara la carne del hombre para ofrecerse en sacrificio "como Cordero inmaculado" sobre el ara de la cruz. La fiesta de la Presentación del Señor, evocando los hechos salvíficos del Exodo y la necesidad de un sacrificio ofrecido en rescate por la vida, insinúa aquel sacrificio redentor, el único que Dios aceptó complacido.

Pero en ese momento de la presentación, cuando sus padres introducían al Niño Jesús al templo, se presentó el anciano Simeón y, tomando al Niño en brazos, pronunció aquellas palabras proféticas: "Mis ojos han visto tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel". Tres hermosos títulos aplicados a Jesús: él es la salvación, es la luz que ilumina los pueblos, es la gloria de Israel. A causa del título de "Luz", que también lo dice Jesús de sí mismo, cuando declara: "Yo soy la luz del mundo", es que se celebra este día como una fiesta de la luz y los fieles participan teniendo candelas encendidas en las manos. A partir de este signo más llamativo, adoptó el nombre de "fiesta de la Candelaria". No tardó en fijarse la atención en la Virgen María, como aquella que "derramó sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo, Señor nuestro", y de atribuirle el nombre de nuestra Señora de la Candelaria. Se contempla así el misterio de Cristo a través del prisma privilegiado de su Madre María.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción